

SE PRODUCE MÁS QUE EN 1996, PERO LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO NO MEJORÓ

Aunque el país, superada la crisis del 2002, produce más que hace una década, el bienestar de las familias más pobres no ha mejorado. Esto se explica por la profundización de un patrón de distribución del ingreso muy regresivo. Si bien se trata de un problema de vigencia casi universal, incluso entre países desarrollados, en la Argentina hay un conjunto de políticas desacertadas que contribuyen a agravar la situación.

La Argentina se ha caracterizado, especialmente en los últimos años, por la alta volatilidad. Una fase de crecimiento abortó en 1998 con el inicio de una profunda recesión que se extendió hasta el 2002 y que fue superada, a partir del 2003, con una acelerada recuperación. El punto más llamativo es que bajo regímenes económicos e ideológicos tan diferentes como los prevalecientes en los últimos años, la distribución del ingreso sigue mostrando un patrón muy regresivo. Más allá de las permanentes referencias en los discursos y de los cambios en las políticas económicas, el resultado final es que **los pobres sufren con mucha intensidad las crisis y comparten migajas de las reactivaciones.**

Los recientes datos del INDEC permiten ilustrar este preocupante fenómeno:

- En el **primer trimestre del 2006**, el ingreso per capita del **10% más rico** de la población es **36 veces más grande** que el **10% más pobre** de la población.
- En **1996**, el ingreso per capita del **10% más rico** también era **36 veces mayor** que la del **10% más pobre**.
- Sin embargo, la diferencia es que en el **primer trimestre de 2006**, el **Producto Bruto Interno (PBI) de la Argentina** –en pesos constantes– es un **26% superior al de 1996**.

Los motivos son muchos y complejos, tal como lo demuestra el hecho de que la tendencia a la polarización en la distribución del ingreso es casi universal. Hasta en Japón, un país con una alta estima y tradición por la igualdad social, hay evidencias en este sentido (The Economist, June 17ht). La principal explicación que han encontrado numerosos estudios es que el ritmo y orientación del cambio tecnológico impone una gran demanda de formación de la fuerza laboral. Esto indica que quienes mejor preparados están para enfrentar la globalización –que no es una política sino un dato de la realidad contemporánea– son los países que se ocupan por tener una buena formación de su mano de obra.

De todas formas, gran parte del problema se explica en función de malas políticas internas, especialmente las referidas a las instituciones sociales. Por ejemplo, en Argentina el **73%** de los asalariados trabaja en empresas con **menos de 40 trabajadores** de los cuales el **61% lo hace “en negro” con un salario promedio de \$557**. Según el INDEC, desde el 2001 hasta

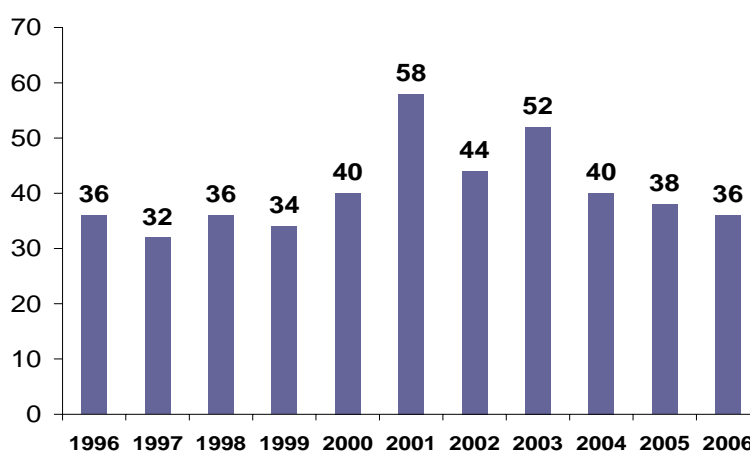
la actualidad el salario de los trabajadores no registrados se recuperó en aproximadamente un **41%**, cuando la inflación en el mismo período fue del **82%** y los salarios de los trabajadores registrados crecieron un **75%** con un nivel promedio de **\$1.694**. Se tratan de evidencias muy emparentadas con la regresiva distribución del ingreso y que justifican eliminar los factores burocráticos, impositivos y regulatorios que conspiran contra el desarrollo de las pequeñas empresas.

En igual sentido opera la forma en que se administra el gasto público. El último dato oficial disponible –referido al año 2004– señala que, en términos reales, el gasto público social es un **14% inferior al que había en 1996**. Además hay indicios de que de la mano de una creciente centralización su administración es cada vez más ineficiente y desfocalizada. Desde el punto de vista de la distribución del ingreso, el gasto público social es una herramienta de importancia estratégica. Según un reciente estudio del Banco Mundial (“Reducción de la Pobreza y Crecimiento”), en Suecia la distribución del ingreso sin considerar la intervención del Estado es cercana a los patrones muy regresivos prevalecientes en Latinoamérica. Sin embargo, cuando se toma en cuenta la intervención estatal el país aparece entre los más igualitarios del mundo. El coeficiente de Gini (medición de desigualdad) de Suecia, sin intervención del Estado, es de aproximadamente **0,45**; mientras que luego de la intervención disminuye a cerca de **0,30**. El de Argentina, luego de la intervención del Estado, es de **0,49**.

Una sociedad integrada requiere un Estado comprometido con ese objetivo. El compromiso es más exigente en lo cualitativo que en lo cuantitativo. Por ejemplo, el Estado asumiendo actividades empresariales, ya sea como administrador directo o promotor a través de subsidios y desgravaciones, generalmente termina **generando grandes transferencias de ingresos a favor de los ricos y limitan las posibilidades de expandir el gasto público social a favor de los pobres**. Adicionalmente, la tendencia a centralizar la gestión del gasto social contribuye a derrochar recursos en burocracia y en inversiones no prioritarias disminuyendo sus impactos desde el punto de vista distributivo.

Los pobres sufren más las crisis y disfrutan menos las reactivaciones

Brecha entre el ingreso per capita del 10% más rico contra el 10% más pobre de la población



Fuente: **IDESA** en base a INDEC